

los materiales impresos proponen. Y si el trabajo puede iniciarse suponiendo que la tradicionalización de un romance de ciego ha de estudiarse comparando un original con las versiones recogidas de la tradición oral para documentar estados múltiples de cambio diacrónico, nada de esto obliga a asumir que la moral predicada, “el mensaje que con este tipo de ‘fábulas’ se trata de transmitir” (I-li) sea lo que mejor caracteriza al romance vulgar tradicionalizado, pues, como se ve en el caso de *La fratricida*, los intentos por moralizar a la gente pueden, a la larga, devenir en historias pasionales que, como los bonitos cuentos de amor y muerte que son, los mismos usuarios repiten una vez adecuados a su propia visión de mundo:

—No pretendáis a don Diego, que él culpa no tenía,  
yo la maté a la mi hermana, mi hermana yo la mataría.  
El castigo que merezco con mi boca le diría:  
que me aten de pies y manos y me arrastren por la villa.  
—Los muertos queden por muertos, los vivos paces se harían—.  
La justicia lo que manda, la justicia mandaría  
que con ella se casara antes que acabare el día.

RODRIGO BAZÁN BONFIL  
UAM-I/UIA

Maximiano Trapero, ed. *Romancero general de Lanzarote*. Madrid: Fundación César Manrique, 2003; 372 pp.

La exploración de la tradición oral de las Islas Canarias reviste gran interés, lo que ha llevado a varios especialistas a recoger ahí todo tipo de materiales literarios. La ubicación del archipiélago canario, distante del territorio continental pero desde fechas muy tempranas colonia y punto de paso para los viajeros transoceánicos, ocasionó que en sus accidentados territorios se conservaran y se desarrollaran géneros de tradición oral que actualmente constituyen una muestra única de literatura tradicional arcaizante, la cual se ha desarrollado en las Islas Canarias a la manera de un ecosistema emigrado del continente a un territorio

alejado: las muestras recogidas ahí tienen puntos comunes con el ámbito panhispánico antiguo, pero a la vez tienen un alto grado de desarrollo local.

Desde hace casi tres décadas, Maximiano Trapero se dio a la tarea de recopilar y estudiar la nutrida tradición del romancero que sobrevive en las Canarias. Su trabajo ha venido a concretar el proyecto ideado e iniciado por Diego Catalán en 1969 con la publicación de *La flor de la marañuela*, romancero de la isla de Tenerife, que era el primer paso para realizar un romancero general de las Islas Canarias. El *Romancero general de Lanzarote* es la culminación de ese ambicioso proyecto iniciado en 1980 por Trapero y que consistió en elaborar un romancero para cada una de las islas principales del archipiélago. Al igual que los de Gran Canaria (1982 y 1990), El Hierro (1985), La Gomera (2000), Fuerteventura (1991) y La Palma (2000), todos recopilados y editados por Maximiano Trapero, el *Romancero general de Lanzarote* es una recopilación que se integra a un corpus mayor de textos, pero que en su individualidad es también una valiosa muestra local de tradición.

Esta recopilación de romances en Lanzarote se da, además, en la que podría ser la última oportunidad para hacerla, ya que, como dice su editor, la isla es “un territorio azotado por unos vientos de modernidad que se están llevando todo testimonio de tradición antigua” (27). El fenómeno turístico que ha vivido Lanzarote como ninguna otra isla del archipiélago, ha duplicado su población en tan solo 25 años y ha modificado de manera definitiva la identidad de la isla. El *Romancero general de Lanzarote* incluye un estudio introductorio en el que se tratan los aspectos fundamentales para contextualizar la recolección. En él Trapero describe los cambios que se han suscitado en la isla a raíz del fenómeno turístico que hemos mencionado, así como la supervivencia de la tradición a pesar de este, y el papel que han jugado en ella personajes como César Manrique.

Este no es el primer romancero de Lanzarote que se edita. De hecho, la recopilación que el libro presenta parte de un riguroso estudio de las publicaciones que le han precedido y aprovecha los materiales de estas con pertinencia. A diferencia de esas publicaciones, la ambición de este libro es, como su título lo indica, la de incluir o dar noticia de todos los textos romancísticos existentes en la Isla. Para ello, Trapero incluye

en su estudio introductorio un pequeño análisis de los romanceros de Lanzarote publicados por Sebastián Sosa Barroso en 1966 y por Jesús María Godoy en 1987. Basado en su experiencia como recolector y editor de romanceros hace una crítica de las maneras de proceder de estos dos editores, al tiempo que aprende y rescata de ellos las partes útiles para su propio método.

El método usado por Trapero para la recolección de romances está presentado también en el estudio introductorio. El trabajo de campo se hizo entre 1989 y 2000 e incluyó una revisión de las fuentes y los informantes consultados por los recopiladores anteriores. Además del hallazgo de una colección inédita recopilada por Angelina Millares Hernández (habitante de Las Palmas) con informantes lanzaroteñas, y de la confirmación de la acelerada desaparición de la tradición romancística en esta isla, ese trabajo de campo arrojó un total de 226 versiones de 115 temas, obtenidas de 65 informantes. Así, del total de las 376 versiones registradas en este romancero, 60% fueron recogidas por el editor, trabajo que seguramente lo acercó y le dio un conocimiento mucho más preciso de sus materiales.

El corpus de textos recogidos está organizado siguiendo los modelos planteados ya por Menéndez Pidal y en concordancia con los otros romanceros de Canarias elaborados por Trapero, es decir, siguiendo un criterio histórico-literario para la clasificación general y un criterio temático o de funcionalidad para la organización de los textos dentro de los grupos de romances tradicionales, religiosos, vulgares, de pliego y locales. El resumen estadístico que se incluye en el estudio introductorio resulta de particular interés para la reconstrucción del panorama romancístico de Lanzarote y para entender el fenómeno de la tradición en las Canarias. Las versiones que forman el grupo de romances tradicionales, en el que se incluyen tanto los romances viejos como los que se hicieron a imitación de estos a lo largo del siglo XVII, conforman 45% de las versiones totales del *Romancero*. Esta proporción, a la que se suma un 26% de romances religiosos de tradición casi tan antigua como la de los primeros, nos revela una vez más que las Islas Canarias son un territorio al cual la tradición oral emigró desde época muy temprana y en el que, debido a su aislamiento relativo de los territorios continentales, se conservaron sin mayor contaminación las formas y los temas de la tra-

dición antigua. Esto no obsta, sin embargo, para que dichas formas dieran lugar a la elaboración de nuevos romances con temas locales (8% del corpus) y a la proliferación de romances vulgares (5%) y de pliego (17%).

Llama la atención también que los romances de pliego tengan una variedad temática tan grande (47 temas en total). Esta abundancia se debe, según el recopilador, “a un comercio muy vivo que hubo de los pliegos en toda la isla” (54) aunque tal vez también cabría explicarla por la inclinación del público hacia los casos espectaculares y trágicos o de temática local de los pliegos y al paso comercial de papel impreso por la isla.

El estudio introductorio de Trapero toca además varios puntos interesantes en cuanto a la ejecución y la conservación de los romances en Lanzarote. Se explica, por ejemplo, que la tradición de los “ranchos de Pascua”, introducida a la isla por los franciscanos en el siglo XVIII y consistente en la recaudación de dinero para las fiestas navideñas mediante la ejecución de canciones, sea el medio de conservación de un buen número de romances religiosos y tradicionales. O bien, que en Lanzarote se dé un fenómeno único dentro de las Canarias, que consiste en que, fuera de los “ranchos de Pascua”, la mayor parte de los romances se reciten en vez de cantarse.

Los textos del romancero se han transcrito y presentado en versos largos separando los dos hemistiquios y numerando los versos de dos en dos. Las versiones se numeran con subíndices, y cada una incluye el nombre del informante, el lugar y año de recolección, así como el nombre del recolector. No se publican todas las versiones recopiladas, sino aquellas que presentan un interés especial o variaciones mayores con respecto a las otras versiones; pero se da siempre noticia de todas. Después de las distintas versiones de cada romance el editor incluye un comentario que resulta muy útil. En él, Maximiano Trapero hace anotaciones bastante pertinentes en cuanto al comportamiento de cada romance y sus versiones dentro de la tradición interinsular y traza algunas relaciones de los textos que edita con respecto al ámbito panhispánico. Las anotaciones que hace en cuanto a las particularidades de algunas versiones resultan muy útiles en la lectura del libro, ya que, al seguir las pistas de contaminación y parentesco que nos da el editor, es posible

hacer una exploración no lineal del corpus y realizar búsquedas mucho más fructíferas dentro de este.

Para efectos de las búsquedas, también resulta de gran utilidad la inclusión de índices de primeros versos, informantes, localidades de recolección y recolectores, con sus respectivos aportes al romancero. Es curioso notar en ellos el predominio de mujeres entre los informantes lanzaroteños y confirmar con ello el importante papel del género femenino en la conservación y constante reelaboración de la tradición oral hispánica.

En los textos que recoge Maximiano Trapero podemos encontrar materiales muy interesantes para el estudio del romancero en sus distintas etapas. En el grupo de los romances tradicionales, por ejemplo, hay un buen número de versiones que muestran un grado de conservación y una pureza sorprendentes, dada la fecha de la recolección. Tal es el caso de versiones del romance de *Lanzarote y el ciervo blanco* o de un par de versiones del romance de *Blancaflor y Filomena*. Otros romances del mismo grupo sorprenden por la cantidad de versiones recolectadas, como por ejemplo el de *Gerineldo*, que muestra una evolución fonética del nombre hacia Serineldo o incluso Feliberto, o el de *El caballero burlado*, del cual se registraron 23 versiones. Al interés de este último se suma el hecho de que las versiones canarias son una fusión de los romances de *La infanta encantada*, *El caballero burlado* y *Don Bueso*, además de que en algunos casos presentan contaminación con el romance de *Gertrudis, la niña perdida*, publicado en un pliego suelto moderno.

Los romances de pliego suelto tienen también un interés especial debido a su abundancia y su carácter. Además de los relatos de crímenes y sucesos fatales, aparecen en muchos pliegos locales romances sobre naufragios y otros hechos marítimos. Aunque la mayoría de estos romances son modernos, no dejan de tener interés para aquellos interesados por el tema de los naufragios como un género al uso durante la época de los grandes descubrimientos y su evolución en literatura popular y tradicional.

El *Romancero general de Lanzarote* nos ofrece una muestra muy interesante de tradición oral local, que complementa de manera afortunada el trabajo ya realizado por Maximiano Trapero. Si bien en el estudio introductorio aparecen algunas erratas, más de las que nos parecería

normal encontrar, esto contrasta con el gran cuidado que se ha tenido en la edición y corrección de los textos romancísticos. El trabajo de campo y la organización sistemática de los materiales recogidos hacen de este libro un buen instrumento de estudio, a la vez que demuestran que cada nueva colección de romances aporta algo más al conocimiento del género.

SANTIAGO CORTÉS HERNÁNDEZ  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

---